

moria, a partir del cual comienza a percibirse una cierta reticencia a volver sobre algunos temas, Antonio Gómez y Cristina Sánchez nos proponen un libro que nada contra la corriente de un programado olvido temático en base a las cíclicas modas académicas. Puede entenderse como un resultado del imperativo ético que motiva esta

serie de textos: el de la memoria de las violencias pasadas como condición de posibilidad de la configuración de lo político.

Miguel Alirangues López

Universidad Carlos III de Madrid

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-5600-8173>

NOTAS

¹ Esta reseña se enmarca en el proyecto de investigación “Sujetos-emociones-estructuras: Para un proyecto de teoría social crítica” (FFI 2016-75073-R). Ha sido redactada en el con-

texto de una beca de investigación del Ministerio de Economía, Industria y Competitividad en la Residencia de Estudiantes de Madrid.

HACIA UN DIÁLOGO ENTRE HISTORIA CONCEPTUAL Y CRÍTICA DE LAS IDEOLOGÍAS

FAUSTINO ONCINA Y JOSÉ MANUEL ROMERO (eds.), *La historia sedimentada en los conceptos. Estudios sobre historia conceptual y crítica de las ideologías*, Granada, Comares, 2016, 228 pp.

A menudo la historia de la filosofía está jalonada por diálogos ausentes o, como en el *Don Juan*, entre convidados de piedra que, solo al final de la cena, cuando la suerte está echada, y tras un prolongado silencio, rompen a hablar. Este es, precisamente, el caso de la Historia Conceptual y la Crítica de la ideología, las dos corrientes teóricas que protagonizan el volumen colectivo *La historia sedimentada en los conceptos*, editado por Faustino Oncina y José Manuel Romero.

Como señalan sus editores en la Presentación, se puede constatar que durante un buen trecho del siglo XX ambos enfoques se situaron «en orillas completamente contrapuestas, entre las que no cabe ósmosis,

inervación o interacción alguna, sino sólo el lanzamiento mutuo de reproches estereotipados.» (p. VII) Sobre todo en Alemania, donde ambas tendencias se originaron y han encontrado algunos de sus desarrollos más relevantes, este encuentro se vio imposibilitado por silencios mutuos cuando no por enconadas recriminaciones sobre el pasado y los respectivos legados teóricos asumidos, determinando una relación malquistada que las terminó situando del lado opuesto de una misma trinchera ideológica sin posibilidad alguna de diálogo.

Asumiendo las enormes diferencias teóricas y políticas que, efectivamente, las distancian, el objetivo de la obra es tender puentes entre ambas orillas delimitando elementos teóricos y programáticos comunes que coadyuven a erosionar las envolturas inmunitarias de las que se han provisto la una respecto de la otra e iniciar una andadura conjunta. Para valorar la pertinencia y virtualidad de la «confrontación

fructífera» que se incita en esta obra, conviene antes perfilar muy sintéticamente ambas corrientes.

Por Historia conceptual, tomando como punto de referencia la versión que formulara Reinhart Koselleck, debe entenderse algo más que un método historiográfico. Sin ninguna duda, la *Begriffsgeschichte* es una depurada metodología con la que examinar el despuntar de la modernidad a partir del estudio de las transformaciones que, en torno a mediados del siglo XVIII y hasta mediados del XIX, registran y promueven los conceptos. Para ello, parte de la distinción entre palabra y concepto y de la identificación en este último de una doble dimensión que lo convierte en índice y factor de la mutación histórica, en la medida en que los conceptos, al tiempo que receptáculos y condensadores de las experiencias pasadas (espacio de experiencia) también catalizan el cambio a partir de las esperanzas y miedos de una época (horizonte de expectativa). Pero las virtualidades de la historia conceptual no se agotan aquí. Es, a la vez, una teoría de los procesos de modernización y de las aporías de la modernidad. A diferencia de otros modelos de análisis, pone el acento en la temporalización que, a partir de la Ilustración, inaugura la creciente distancia entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa en virtud del proceso de aceleración con el que se autofagocita entrópicamente la estructura profunda de la modernidad.

En cambio, en el contexto de la obra, y en un sentido amplio, bajo el marbete de «Crítica de la ideología» se agrupa un variado conjunto de pensadores que, desde Marx a Harvey, pasando por los primeros integrantes de la Escuela de Fráncfort y Al-

thusser, a la par que denuncian el carácter aporético y legitimador (precisamente, ideológico) de lo existente que en muchas ocasiones desempeñan los conceptos, también destacan las promesas ocultas e incumplidas y los proyectos emancipatorios y olvidados que estos conservan en su piel estratigráfica. Los conceptos, por tanto, no son solo el índice de las promesas invertidas o traicionadas y de las patologías de los procesos de modernización, sino también, si se los excava con paciencia, los palimpsestos en los que se condensan ontologías de lo posible que impugnan el injusto estado de cosas existente.

Teniendo en cuenta estos dos enfoques, y más allá de sus divergencias, salta a la vista que el núcleo teórico compartido que propicia este encuentro tras muchos desencuentros es, precisamente, «la convicción compartida por las dos corrientes de que el trabajo teórico es capaz de desentrañar *la historia sedimentada en los conceptos*», que, puesta en diálogo, permite «rescatar las esperanzas inscritas en los usos pasados de los conceptos políticos para confrontarlos, en su carácter de ruina, con nuestra situación, definida por el hundimiento de nuestro horizonte de expectativas sociales» (p. VIII)

Con este planteamiento, *La historia sedimentada en los conceptos* recoge algunas de las intervenciones presentadas durante el Encuentro Internacional «La historia como crítica» celebrado en Alcalá de Henares a finales de 2013 y las distribuye en dos partes diferenciadas. En la primera se recogen distintos ensayos en los que se incide y se cuestiona la posibilidad de la «La historia como crítica» (3-122). La dimensión crítica de la historiografía en Diderot es el tema que aborda Julio Seoane en «His-

toria desde lo absurdo y el capricho. ¿Toda la historia crítica que nos cabe?» (pp. 75-98). A su vez, hay sendos trabajos dedicados a dos de los que, junto a Hans-Georg Gadamer, conforman los referentes teóricos fundamentales de la *Begriffsgeschichte* koselleckiana: por un lado, Nietzsche, del que se encarga Germán Cano en «*El nacimiento de la tragedia* y la ampliación del campo de batalla crítico-cultural» (pp. 99-121) y, por el otro, Heidegger, al que Ramón Rodríguez le dedica el capítulo «Interpretación de conceptos y crítica fenomenológica de la tradición en el primer Heidegger» (pp. 49-64).

Faustino Oncina, en «Historia conceptual y crítica: hitos y episodios de una relación nunca consumada» (pp. 3-28), asume la tarea de demostrar la dimensión crítica de la empresa *begriffsgeschichtliche* koselleckiana y la manera en la que, a caballo del diagnóstico de la modernidad como aceleración brindado por el historiador alemán y la recuperación del concepto de alienación propio de la Teoría Crítica de cuño francfortiano, el sociólogo Hartmut Rosa ha conseguido metabolizar ambas corrientes. Giuseppe Duso, promotor de una versión de la historia conceptual con entidad propia, como es la *Storia dei concetti come filosofia politica* practicada por el *Gruppo di ricerca sui concetti politici* de la Universidad de Padua, en «Historia conceptual: ¿crítica o filosofía?» (pp. 29-48), alerta de los peligros dualistas que contiene la crítica. En su lugar, apuesta como tarea del pensamiento en el presente por una interrogación filosófica inmanente de los conceptos políticos modernos con el objetivo, por un lado, de poner de manifiesto sus aporías y, por el otro, de abrir el camino para

pensar la política no solo más allá de los mismos sino con otros conceptos diferentes. En esta parte se incluye, por último, un trabajo de Antonio Lastra dedicado a «*Skepsis e Hypólepsis*. Sobre dos conceptos de Odo Marquard» (pp. 64-74), pensador cuya valoración escéptica de la modernidad y su correctivo a través de la *compensación* se inscribe en la constelación teórica de la historia conceptual koselleckiana.

En cambio, el tema central que preside la segunda sección de la obra es la «Crítica de la ideología de los conceptos» (pp. 123-223). Como no podía ser de otro modo en una sección como esta, ocupa un lugar destacado el balance del pensamiento y de la herencia de Marx como impulsor tanto de la crítica de la ideología como del capitalismo, al que se le dedican diferentes trabajos. Destaca en primer lugar, a horcajadas de las dos partes que componen el volumen, el examen que Ernst Müller realiza de las tensas relaciones existentes en un eventual diálogo entre «Marx, el marxismo y la historia conceptual» (pp. 125-134). Además del examen de algunas de las diversas teorizaciones que, arrancando del autor de *El Capital*, se han hecho de la ideología a lo largo del siglo XX, tema del que se encarga Gaetano Rametta en «“Crítica” e “ideología”». Inversiones y virajes entre Marx, Adorno y Althusser» (pp. 135-150), el volumen también da espacio a la manera en que, efectivamente y a través de un caso concreto, aquélla opera. Este es el objeto del estudio de campo de Enrique F. Bocado en «El poder de las concepciones: el control de la opinión pública y la venta de la guerra de Irak» (pp. 151-164).

A la luz de las profundas transformaciones que ha experimentado el modo de

producción capitalista en su globalización, ha surgido un intenso debate en torno al *Re-loading Marx*, en el que se intenta hacer una profunda revisión del elenco categorial marxiano, tratando de determinar qué ha de salvarse y en cambio qué impulsos, redireccionamientos y abandonos son necesarios para ponerla a la altura de los tiempos. Juan Carlos Lago aborda esta cuestión en «¿Recargando a Marx? M. Pastore, D. Harvey y el capitalismo contemporáneo» (pp. 165-192). Por último, cierra el libro un extenso trabajo conjunto de Juan Antonio Nicolás y José Manuel Romero en el que se exploran la «filosofía de la realidad histórica y la crítica de la ideología» en el pensamiento de Ignacio Ellacuría (pp. 193-223).

En resumen, nos encontramos ante una obra que merece ser leída y, sobre todo, pensada, siguiendo el rastro de las indicaciones a las que, como una mirada de Jano,

apunta a través de la hibridación de historia conceptual y crítica de la ideología. Por una parte, aspira a visitar en espiral (cuyo lema, no lo olvidemos es *Eadem mutata resurgo*) el pasado, a desenterrar y reactivar las huellas, las promesas interrumpidas y las ruinas ocultas en los estratos semánticos de los conceptos con los que impugnar el presente. Por otra, reabre la dimensión del futuro como lugar de lo posible y lo distinto, pone en cuestión, por ideológica, la eternización del presente con que la actual fase del capitalismo se legitima a sí misma, presentismo en estado puro y multiplicado al infinito, que se alimenta de cancelar la posibilidad de pensar un porvenir alternativo.

Héctor Vizcaino Revertos

Universitat de València

ORCID iD:<https://orcid.org/0000-0002-8817-3189>

¿HEMOS SIDO LOS DEMÓCRATAS EXCESIVAMENTE IDEALISTAS?

ACHEN, CHRISTOPHER; BARTELS, LARRY. *Democracy for Realists*, Princeton University Press, 2016, pp. 408.

Democracy for realists es, en cierto sentido, la crónica de una derrota. La concepción popular de la democracia (*folk theory of democracy*), sostienen Achen y Bartels, no ha conseguido superar los embistes de las ciencias sociales a lo largo del siglo veinte. La idea de que los ciudadanos son capaces de formar de un modo fiable sus propias preferencias y votar al candidato que mejor las representa contrasta con la sombría realidad que sugieren los estudios

empíricos sobre el funcionamiento de las instituciones democráticas y la competencia de los votantes. Por el contrario, y esta es la principal aportación positiva del libro de Achen y Bartels, el principal determinante de las elecciones políticas son las identidades sociales y grupales que, en el ámbito de la política, se traducen principalmente en la identificación con un determinado partido político. No elegimos a nuestros representantes porque hayamos reflexionado concienzudamente sobre sus respectivos méritos, sino porque es lo que se espera de nosotros como miembros de un grupo concreto. En palabras de los propios